

APUNTES BIOGRAFICOS.



Talma.

TALMA. (FRANCISCO JOSÉ)

1763.—1826.

Nació Talma el 15 de enero de 1763 en París, y no en Flandes como han dicho algunos biógrafos. Sobre esto véase lo que se halla en los registros de la parroquia de San Nicolás *des Champs*: «El sábado 15 de enero de 1763, fué bautizado Francisco José Talma, nacido en el mismo día, hijo de Miguel José Talma y de Ana Mignolet, su esposa, habitantes en la calle de *Menestriers*.» Vivió Talma sus primeros años en Londres, donde su padre ejercía la profesión de dentista; á los nueve años volvió á Francia, y en ella después de haber seguido muy buenos estudios, se dedicó á la misma profesión que su padre. Algunos amigos de Talma que conocían su mucha afición al teatro, le pusieron en relación con Molé y la señorita Sainval, quienes en vano trataron de disuadirle: antes quiso seguir la escuela de declamación fundada en 1786, que contaba entre sus profesores á Molé, Dugazon y Fleury. Finalmente, el miércoles 21 de noviembre de 1787, salió por primera vez á las tablas en el papel de *Seida*, y aunque su salida no fuese un verdadero triunfo, no obstante, logró un éxito regular.

Durante los dos años que precedieron á la revolución de Francia, Talma, que desempeñaba en la escena los subalternos papeles de confidente, se aplicó con ahínco al estudio y meditó la revolución de trages en el teatro, que tanto deseaban los hombres instruidos y de buen gusto. Dejemos que el mismo Talma nos explique su

Mayo 16 de 1852.

proyecto: «Lekain, dice, había admirado la exactitud en el traje como cosa de tal importancia, que hizo todos sus esfuerzos para hacerlo menos ridículo de lo que era entonces. La verdad, así en los trages como en las decoraciones, aumenta la ilusión teatral, y trasporta al espectador á los siglos y países á que los personajes representados pertenecen; ademas presta al actor los medios de dar su particular carácter á cada papel que desempeña. Pero otra razón tengo para mirar como culpable al actor que mira con indiferencia esta parte de su profesión. El teatro debe presentar á la juventud una especie de curso de historia viva, y la negligencia en la exactitud del traje la desnaturaliza sobremedura. Acuérdomos que cuando joven al leer la historia figurábame los personajes tales como los había visto en el teatro; figurábame á Bayardo elegantemente vestido con casaca y sin barba, con peluca rizada y empolvada según la moda del siglo XVIII; representábame á César con una casaca de raso de color de rosa, con la cabellera flotante, recogida con cintas y lazos en el cogote. Y si alguna vez el actor arreglaba su traje de un modo aproximado al antiguo, quitábale toda sencillez con mil ridículos bordados, por lo que estaba yo creído de que en Roma y Atenas eran la seda y el terciopelo tan comunes como en París y Londres.»

Al entrar en el año de 1789, y en la tragedia de *Bruto*, en que Talma representaba el papel de Próculo, fué cuando por la primera vez salió á la escena con una verdadera toga romana, y con el traje antiguo en toda su severidad. El papel de Próculo apenas tiene quince versos; pero

el público aplaudió aquella feliz y oportuna innovación, con escándalo de los cómicos preocupados y sujetos á la rutina: «Dios mío, dijo al verlo la señorita Contat, este hombre se parece á una estatua!» Esta palabra, que en boca de la graciosa cómica era un sarcasmo, formaba en sí el mas completo elogio de Talma. Sobre este punto se refiere una curiosa anécdota. Quería Talma que sus colegas los demas actores adoptasen el rigoroso traje de la época que iban á resucitar á los ojos del público. Una noche en la Comedia francesa se representaba *Británico*; los papeles se habían ya aprendido, determinado los trages, y Vanhove, encargado del papel de *Burrhus*, se puso una larga y magestuosa toga romana. Semejante innovación era incómoda para unos hombres acostumbrados á la casaca y calzones cortos, por lo que el pobre Vanhove parecia tullido de todos sus miembros, y apenas osaba hacer ningun movimiento. Corre desconsolado al vestuario, y esclama: ¿en dónde está Talma? Talma le hizo seña de que se acercase. Mirame, dijo Vanhove, he cargado con tu traje; pero dime ¿dónde he de ponerme el pañuelo y la caja del tabaco? Una general explosión de risa siguió á aquellas exclamaciones.—Pierde cuidado, respondió Talma: ya mandaré que pongan un bolsillo en tu toga para satisfacer á las necesidades de tu nariz.

El noviciado de Talma había terminado, y hacia seis meses que había tomado su puesto en la compañía, cuando Chenier presentó á la Comedia francesa la tragedia de Carlos IX. El autor ofreció á Saint-Paul el papel del monarca, pero prefirió el de Enrique de Navarra, y el de Carlos

Album pintoresco.

7

los IX se encargó á Talma. En esta época (4 de noviembre de 1789) empieza la fama de nuestro gran trágico; la escrupulosa exactitud de su traje y su gesticulación produjeron una profunda impresion en el público, y la tragedia tuvo un éxito brillante. Pronto dió Talma otra prueba de su facilidad en imitar á los personajes: representó el papel de J. J. Rousseau en la pieza titulada *Le Journaliste des Ombrés*, destinada á celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla. «Talma, dice el baron de Grimm, que en la tragedia de Chenier arregló su fisonomía segun los retratos de Carlos IX, parece haber llevado aun mas lejos su arte en el papel de Rousseau. Hubiérase creído tener delante al ciudadano de Ginebra en persona, y esa viva copia era tan verdadera, que hubiera podido tomarse por el original de todas las demas.»

Llegamos á una época importante de la vida de Talma, época de turbulencias y querellas entre los cómicos, cuyo resultado fué la desercion de Talma de la compañía, como tambien de Dugazon y de la señorita Vestris, quienes abandonaron el teatro del arrabal de San German por el teatro de la calle de Richelieu, en que estaba ya contratado Mouvel. Las representaciones solo tenían lugar á largos intervalos, lo que privaba á Talma de lucir unos talentos que el estudio iba sucesivamente perfeccionando. Los genios turbulentos interpretaban de un modo poco favorable á la Comedia francesa su persistencia en no representar la tragedia de *Chenier*, ni *Bruto*, ni la *Muerte de César*, ni otra alguna de aquellas en que suena con frecuencia la palabra libertad; y hasta una noche hubo en el teatro una especie de asonada en que el público gritaba pidiendo la representación de *Carlos IX*. Salió un actor y dijo ser imposible representar dicha tragedia por estar enferma la señorita Vestris, y tener el señor Saint-Prix una erisipela en la pierna. Aumentó el clamoreo del público, hasta que salió Talma y dijo: «La señorita Vestris se halla efectivamente indispueta; pero puedo daros palabra de que saldrá á representar, dando una prueba de su celo y patriotismo. En cuanto al papel del cardenal, se leerá» Al dia siguiente se dió la tragedia, y al fin Talma fué vuelto á llamar á la escena por los espectadores, que le cubrieron de aplausos. El tumulto de aquella noche, en la que Danton, que asistió al teatro fué conducido á las casas Consistoriales, echó en la compañía cómica un germen de disensiones que no se sofocaron hasta muchos años despues.

La carrera teatral de Talma fué desde entonces una série continuada de triunfos y de aplausos. El exámen de todos los papeles que en cierto modo creó nos llevaria muy lejos; citaremos tan solo lo que dice madama Staël: «Cuando aparece un hombre de genio, siempre en cualquier carrera que emprenda llega al mas alto grado de perfeccion, pues reúne la audacia que hace sobresalir del comun de las gentes, á aquel tacto fino que da el buen gusto, y que tanto importa conservar cuando no perjudica al genio. Paréceme que Talma puede citarse como modelo de osadía y comedimiento, de naturalidad y nobleza; posee los secretos de diferentes artes; sus actitudes nos recuerdan las bellas estatuas de la antigüedad; su traje está dispuesto cual si hubiese tenido tiempo para arreglarlo con toda calma; la espresion de su rostro y de sus miradas deben estudiarla los pintores. A veces sale á las tablas con

los ojos solamente entreabiertos, y de repente el sentimiento y la pasion hácenles arrojar rayos que parecen iluminar la escena. El sonido de su voz conmueve aun antes de haber comprendido la significacion de las palabras. Cuando en la tragedia se encuentran á veces algunos versos descriptivos, Talma hace conocer las bellezas de este género de poesia, cual si Pindaro hubiese recitado él mismo sus cantos. Otros necesitan tiempo para comover, y hacen muy bien en tomárselo; pero la voz de Talma tiene no sé qué magia, que desde sus primeros acentos despierta ya todos los afectos del corazon. Los hechizos de la música, de la pintura, escultura y poesia, y sobre todo del lenguaje del alma, son los medios que pone en uso para despertar en el auditorio las pasiones generosas ó terribles.

En 1795, fué cuando se establecieron relaciones entre Bonaparte y Talma, que dieron pie para diversos cuentos, que repitieron aquellas mismas personas que sabian de cierto su falsedad. Nunca debió Bonaparte obligacion alguna á Talma, que solo le prestó libros, por mas que hayan dicho algunos biógrafos. Y no solo mientras Napoleon estaba en el colmo del poder, Talma trató de desvanecer tales rumores, sino despues de su caída y cuando ya Napoleon habia muerto, cuando muchos que le debian sus fortunas ultrajaban su memoria. No tenemos necesidad de probar la falsedad de que Napoleon hubiese recibido de Talma lecciones para llevar las insignias reales. Lo que hay de cierto es que en la época en que el primer cónsul ceñia la corona, el célebre trágico creyó que debia dejar de visitar las Tullerías, á donde regularmente iba todos los dias á la hora del almuerzo, y que por órden del emperador fué llamado á San Claudio el dia en que las autoridades acababan de felicitarle por su elevacion al sôllo. Al dia siguiente de una representación de *Británico* á que asistió Napoleon, presentóse Talma en las Tullerías. Recibióle Napoleon y le habló de la pieza de la noche anterior. «Vuestra gesticulación en el papel de Neron, no indica bastante la lucha de una mala naturaleza con una buena educacion; debeis hacer menos gestos, pues tales caracteres no son expansivos, antes se reconcentran en sí mismos.» Vemos, pues, que lejos el emperador de recibir consejos de Talma, era él quien se los daba. La *Muerte de Pompeyo* fué tambien objeto de las observaciones de Napoleon: «No entendiéis bien ese papel, dijo un dia á Talma; parece que hablais por conviccion al pronunciar este verso: *Pour moi qui tiens le trône égal à l'infamie* (1). César no cree una palabra de lo que dice, solo habla en tales términos porque está rodeado de romanos, y tiene interés en darles á entender que tiene horror al trono; pero está muy lejos de pensar que ese trono que es ya el blanco de todos sus deseos, sea un objeto despreciable. Asi no debe hacérsele hablar como por conviccion, antes el actor debe dejar traslucir unos sentimientos contrarios.» Algun tiempo despues de esta conversacion representó Talma la *Muerte de Pompeyo* en Fontainebleau, y siguió puntualmente el consejo de Napoleon, quien la primera vez que le vió díjole: «Muy bien, reconocí á César.»

Talma hizo edificar en Brunoy, cerca del rio Hieres, una hermosa habitacion, y

(1) Para mí, que miro el trono como igual á la infamia.

muchas veces hablaba del placer que tendria en vivir en ella los tres cuartos del año, cuando hubiese abandonado el teatro; allí reunia un tropel de amigos y jóvenes, que tenían á mucho honor el estar cerca de tan célebre actor, y con ellos se entretenia en todos los pormenores del arte dramático. «Poneos aquí á mi lado, dijo una vez á Mr. Audibert, escritor de talento, que tuvo la dicha de vivir en estrecha intimidad con Talma. Los hombres, y hasta algunos que son instruidos, piensan que en mis estudios me pongo delante de un espejo, como un modelo delante de un pintor: entonces, segun dicen, hago mil gestos y grito de modo que el techo se viene abajo. Y luego por la noche hago en la escena lo mismo que he estudiado por la mañana. Pero este es un error, mi trabajo consiste en la reflexion; á semejanza del poeta, me paseo, medito, siéntome á orillas de un arroyuelo, y como él me rascola la frente: este es el único gesto que practico, y como veis no es muy noble. En general cuando estudio un papel, ya pertenezca á una tragedia nueva, ya á las del antiguo repertorio, que todavia no he ensayado, trato de penetrarme del carácter que la historia atribuye no solo al personaje que debo representar, sino tambien al de todos los demas que conmigo deben concurrir á la accion. Deténgome muy poco en las fechas de los acontecimientos, y medito solamente las épocas; la cronología me es inútil, pero tengo mas presentes que otro cualquiera á Manlio, Neron, Bruto, con sus ademanes, trage y espresion de la fisonomía; véolos obrar y andar, y ando y obro con ellos. En vez de leer á Tito Livio, Suetonio y Tácito, para atraer á Roma á mi gabinete, imbuido de su lectura trasladome yo á Roma, me hago romano, y vivo allá como en mi patria. Sirvenme de grande auxilio tambien las estatuas del Museo, estudio su continente y hasta los pliegues de su toga, para darla los mismos cuando la llevo en las tablas, reproduciendo la gracia de sus mantos de mármol en el mio de lana ó de púrpura. Cuando he concluido este primer estudio en mi imaginacion, y he tomado la fisonomía, el carácter y el trage del personaje, trasformome enteramente en él, adquiereo sus mismas pasiones, y me acostumbro á pensar y sentir como él mismo pensaria y sentiria si viviese. Luego á la noche, en presencia del público, dejaba que mi alma se desarrollase y esparciese en aquella figura que yo me habia forjado. Lo que en mí se ha querido llamar talento, tal vez no es mas que una suma facilidad en exaltarme, apropiándome sentimientos ajenos á fuerza de imaginacion. Por algunas horas sé vivir con la vida de otros, y ya que no pueda resucitar el personaje histórico en cuerpo y alma, á lo menos enciendo sus pasiones, obligándolas á que se abriguen en mi pecho.» Despues de haber hecho mil útiles reformas en el arte cómico, Talma empezó á dedicar su talento y buen gusto á la composicion literaria; obligó á los autores á reducir á sus justas proporciones la gigantesca estatura de los personajes trágicos, y por decirlo asi, á humanizarlos. Habiase apoderado de la escena cierto pedantismo desterrando toda sencillez; no lucia ya en las tablas la etiqueta del siglo XVII; los héroes no suspiraban; pero en su lugar litigaban, arengaban y dogmatizaban. Los espectadores se fastidiaban, y los actores solo trataban de divertirlos á fuerza de exagerar sus gestos y por medio de efectos teatrales. «Cómo desprenderse de unos hábitos que

defiende el público, quien á pesar de que quiere cosas nuevas repugna á las innovaciones? Ningun autor lo hubiera podido ensayar sin el auxilio de Talma. La primera prueba se verificó en la tragedia *Maria Estuardo*, de Lebrun; solo Talma sostuvo á esta vacilante pieza; pues presentó en sus ademanes y en el sonido de su voz algo que al parecer exigía el silencio y mandaba la atención; nunca actor alguno ejerció tanto imperio en el público. La otra prueba que hizo Talma fué en el papel de Sila en la tragedia de Mr. de Jouy, y aunque menos arriesgada, no fué menos importante para el arte dramático. La creación del papel de Carlos VI fué el mas admirable esfuerzo del arte, y por lo mismo fué el último, pues Talma llevaba en sí el germen de la muerte, aun cuando su genio parecía aumentarse. Su enfermedad hizo rápidos progresos: el 19 de octubre de 1826, su vista muy débil se oscureció casi enteramente, pronunció con fuerza estas palabras: *Voltaire! como Voltaire!* y pudiendo apenas dar el último adiós, espiró á las once y treinta y cinco minutos.

SOBRE LA LENGUA CASTELLANA.

Es tanta la variedad que se advierte en los escritores que tomaron el árduo empeño de averiguar cuál fuese la lengua que se hablaba en España antes que los romanos viniesen á ella, que su misma discrepancia, no menos que los fundamentos que cada uno por su parte ofrece, deben servir para convencernos que no habia una habla general en España, sino que estas eran muchas, segun las diversas provincias que la componian. Si bien carece de sólidas razones lo que sobre la lengua vascuence algunos pretendieron demostrar, queriendo no solamente que la trajese Jubal, si es que por mucho tiempo fuese el habla general de toda la nación, es muy cierto, que los romanos en su venida á España encontraron muy arraigada esta lengua, siendo cosa sabida lo que Séneca, consolando á su madre cuando por Claudio fué desterrado á Córcega, dice de ella: «Pasaron á esta isla los españoles, lo cual aparece por la semejanza del rito, pues que traen abierta la cabeza y calzados los pies del mismo modo que los cántabros, asi como no pocas palabras.» Séneca por el trage y vocablos conoció que los vizcainos habian ido á aquella isla, lo cual, al paso, que prueba la antigüedad del habla vascuence, es un testimonio irrefragable de que esta no era general en la nación. En Galicia podemos entender que habia diverso lenguaje por lo que dice Silvio Itálico, poniendo la reseña de la gente española, la que llevó Anibal contra los romanos. «Envio la rica Galicia la juventud, y cada uno hablaba en su lengua patria.» De los celtas, pueblos junto á la Andalucía de la Audiencia de Sevilla, dice Plinio: «que en las cosas sagradas, en el habla, en los nombres de los pueblos, se distinguen de la Bética.» Finalmente, Estrabon hablando de la Turdetania, dice de esta manera. «Estos entre los pueblos de España, parece que aventajasen á todos en el saber: y poseen volúmenes de una grande antigüedad, poemas y leyes en verso, escritas segun dicen, hace seis mil años: los demas españoles conocen las letras, aunque no del mismo modo, y su lenguaje no es uno

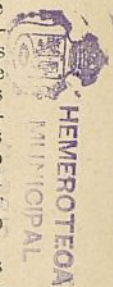
solo.» De todo lo cual claramente se infiere no era una, antes bien, muchas las lenguas que se hablaban en España hasta la venida de los romanos: sucedió esta por los años de 512 de la fundacion de Roma; por cuyo tiempo concluyó la primera guerra púnica; y poco despues se renovaron las treguas en España con Asdrubal, el cual habiéndolas quebrantado destruyendo á Sagunto, dió lugar á la segunda guerra púnica, en la que vencidos los cartagineses, los romanos se apoderaron de toda España. Sujeta la España á los romanos empezó á perder la lengua nativa; y no debe esto maravillar á ninguno que tenga algun conocimiento de la historia, la cual frecuentemente nos presenta los pueblos vencidos acomodándose al trage, costumbres y lengua de los vencedores. Ejemplo muy grande de esta verdad nos ofrece la Sagrada Escritura con el pueblo de Dios, que llevado á Babilonia á pesar de la dureza del trato y diversidad de religion, en setenta años que duró el cautiverio, perdió su lengua en términos, que habiendo vuelto á su pais, para entender los libros sagrados, les fué forzoso aprenderla de nuevo. Y sin salir de nuestra España, vemos haber sucedido otro tanto con la irrupcion de los árabes en todos los paises que conquistaron y poblaron; motivo que obligó á aquel santo arzobispo de Sevilla don Juan, á traducir en árabe los libros sagrados como refiere el rey don Alonso por estas palabras: «En aquel tiempo, era otro si en Sevilla el obispo don Juan que era otro si ome de Dios, é de buena é santa vida, é loabanlo mucho los árabes, é era muy sábio en la lengua árábica, é trasladó las Santas Escrituras en árábigo, é fizola esposicion de ellas, segun conviene á la santa Escritura é asi las dejó despues de su muerte para los que viniesen despues de él.» Tantas raices consiguieron que hechase en España su lengua los árabes, muy inferiores seguramente á los romanos en la cultura del trato, no menos que en la noble ambicion de hacer general su lengua, habiéndola llevado hasta los partos, segun nos dice Plutarco, añadiendo que de ella en su tiempo se servian casi todos los mortales. Hechos los romanos absolutos señores de la mayor parte de España, enviaron á ella veinte y cinco colonias y hasta veinte y dos municipios, imágenes y retratos de la grandeza de la capital: asegurando Estrabon, que en padron ó censo que se hizo del orden equestre, resultaban alistados solamente en la ciudad de Cádiz quinientos caballeros, aumentándose á esta proporcion la poblacion de los romanos en España. En consecuencia de esto, empezaron los romanos á tomar por mugeres las españolas, que si bien en los principios estaba prohibido, habiendo á poco tiempo conseguido todos los nacionales el derecho de ciudadanos romanos, llegaron á ser legitimos matrimonios. Emparentado que hubieron con vencedores quisieron los españoles imitarles en todo; y como la religion sea el vínculo mas estrecho que une á los hombres, sin dificultad abandonaron la que tenian para estrecharse mas con los romanos: ordenaron sacerdotes: edificaron templos, conformándose con ellos en un todo, con tanta escrupulosidad, que alzaron lugares, que llamaban capitolios, de los cuales hace clara mencion el concilio Eliberitano, prohibiendo á los cristianos que no subiesen á ellos á sacrificar como hacian los gentiles. Consiguieron de este modo los españoles confundirse y hacerse una misma cosa con los romanos,

bajo cuyo nombre se entienden en las leyes de los visogodos, que vulgarmente llamamos *Fuero Juzgo*: cuando tratando de dividir las tierras de España en tres partes aplicanse las dos á los godos y la tercera á los romanos: «el departamento» (dicen), que es fecho de las tierras entre los godos y los romanos, de ninguna manera debe ser quebrantado: ni los romanos deben tomar ni deben mandar nada de las dos partes de los godos, ni los godos de la tercera parte de los romanos.» Señal evidente de que no habia españoles que no fueran romanos á los cuales no les dejaron de dar alguna parte en su tierra, ni de llamarlos á la guerra y hacer en otras ocasiones mencion de ellos como no lo hacen dichas leyes.

El entusiasmo con que los españoles pretendieron asemejarse del todo á sus vencedores, y la aficion que en todos tiempos han mostrado á la cultura y bellas letras, hizo que desde los principios, abandonando el patrio lenguaje, aprendieran con indecible facilidad el latino.

No bien sujeta la España á los romanos, vemos que César tiene en Córdoba un razonamiento al pueblo, dándole gracias por lo bien que se habia portado defendiendo aquella comarca de los asaltos de los enemigos: y en otro que tuvo en Sevilla: «Vosotros (les dice) que conoceis y usais los institutos romanos, á manera de bárbaros, habeis puesto las manos diferentes veces sobre los sagrados magistrados.» Aqui César habla á los pueblos de Córdoba y Sevilla, como lo pudieran haber hecho en el foro romano, y es indicio manifesto que de todos era entendido el ver que no usó de intérprete como dice en el primer libro de la guerra gálica, que le usaba frecuentemente con los galos, mucho mas que intentaba reprehender á la plebe principalmente culpada en el mal tratamiento de los magistrados: y en parangonarlos á los bárbaros, dió á entender evidentemente que sabian la lengua latina, la cual desde que empezaron á hablar los cávaros, dejaron, como dice Estrabon, de ser bárbaros. Hácenos evidente esto mismo Alarco Varron, que fué de aquellos tiempos, dando este la derivacion de algunos nombres latinos que tocan al provecho y servicio de la casa, en la cual con apartados se hacen diversos aposentos, sirviendo unos de despensa, otros de dormitorios, otros de cenadores, dice los nombres latinos, y que del mismo modo se mamaban en aquel tiempo en Lanubio y en el resto de el Lacio, en Taleris y en Córdoba. Esta ciudad, con el resto de la Bética, cupo en suerte al pueblo en la division que se hizo de las provincias, habiéndose reservado para si Augusto César la Lusitania y Tarraconense como menos pacíficas y afectas á los romanos; y sin embargo, de este emperador refiere Suetonio, que prohibió que nadie compareciese en público sin la toga, trage tan peculiar á los romanos, que no se permitia á los que estaban desterrados, y tan anejo á la lengua que Licinio con ser romano, y habiendo como desterrado perdido el derecho de la toga, y viéndose cubierto con un palio griego, temia no acertar á esplicarse en su nativo lenguaje. Pero asi como toda la España no se pacificó á un tiempo, asi tampoco recibió el nuevo trage y lengua; siendo la parte que mastarde siguió el ejemplo de las demas la septentrional hácia las montañas.

(Se continuará.)

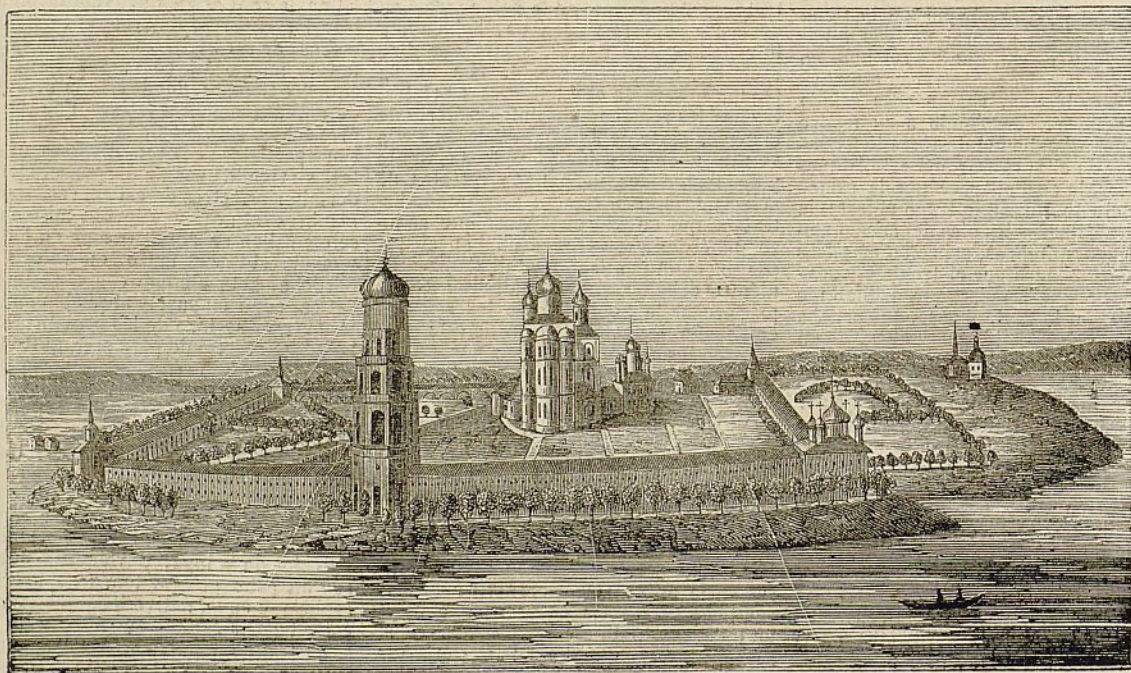


GEOGRAFÍA PINTORESCA.



GRECIA. CORINTO.—Ciudad de la Grecia y capital de la antigua Acaya; su nombre hoy es Corinto, ó *Corito* entre los griegos, y *Geramé* entre los turcos. Pare-

ce que fué fundada por los años 1376 antes de la era cristiana; debe su fundacion á Sisifo, hijo de Eolo; hizose él mismo rey de la ciudad que habia edificado; pero el nombre de *Efiro* que tuvo antes del de Corinto, hace presumir que su origen es mucho mas remoto.



CONVENTO DE OTROCH EN RUSIA.—En la embocadura del Twertza se enseña á los viajeros el célebre convento de Otrich,

el mismo que representa la lámina. Le fundó Jaroslao, en memoria de un favorito suyo á quien hizo desgraciado, por circunstancias especiales relativas á la misma influencia que tenia.

Ayuntamiento de Madrid



CEDROS DEL LÍBANO.—En las alturas del monte Líbano se extendían antiguamente esos bosques magestuosos, tan célebres en la Sagrada Escritura, tan admirables por

su elevación, y cuyas ramas gigantescas prestaban abrigo al hombre para los ardores del sol. Las hojas del cedro del Líbano son cortas y densas, y las ramas se

dividen en una multitud de ramitas, las que ocupan el centro y guardan una posición vertical; pero las mas exteriores se mantienen horizontalmente.



EL MAELSTROM.—Es un remolino inmenso que colocan los navegantes entre las islas Vewen y Mosken, situadas en el

Océano Artico, á los 67° 40' de latitud N., y 44° 44' de longitud E. Los mugidos de este vórtice se oyen á muchas le-

guas de distancia, y es tal su fuerza absorbente, que sumerge los navios que pasan cerca y los sepulta en el abismo.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

ESCENA IV.

CAMILA. DESGRAVILLIERS, *despues* HORTENSIA.

CAMILA.

He sabido, amado tutor, que me llamabais para hablar de un negocio muy importante...

DESGRAVILLIERS.

Si, querida niña... para tratar de un asunto...

HORTENSIA, *entrando con un vestido á la última moda, el que examina con la mayor complacencia.*

Está un poco fofo, de resultas de las ocho filas de volantes, ¡pero es igual!

DESGRAVILLIERS, *impacientado.*

¿De qué estais hablando?

HORTENSIA.

De mi bata nueva, que me sienta perfectamente... ¿qué os parece?

CAMILA, *corriendo hacia donde estaba Hortensia.*

¡Lindísima!

HORTENSIA, *mirándose á un espejo.*

El talle está un poco bajo, ¿no es verdad?

CAMILA, *separándose de Desgravilliers, y acercándose á Hortensia.*

No por cierto.... lo que sí creo, es que hace algunas arrugas el cuerpo... (A Desgravilliers.) ¿No es verdad, mi buen tutor? ¡Mirad bien!

DESGRAVILLIERS, *incomodado.*

No me parece bien que nos ocupemos de eso, cuando íbamos á hablar de los mas graves intereses...

HORTENSIA, *delante del espejo.*

Ya os escucho... proseguid... (A Camila.) Dame tan solo algunos alfileres, que estoy viendo dos ó tres pliegues demasiado acusadores, y quiero mientras dura vuestra conversacion, indicar algunas correcciones...

DESGRAVILLIERS.

Para interrumpirnos y distraernos....

HORTENSIA.

Nada de eso... ya os escucho.

DESGRAVILLIERS, *colocándose al lado de Camila, que acaba de sentarse en un sillón.*

Mi querida pupila, ya sois casi mayor de edad...

HORTENSIA, *poniéndose alfileres delante del espejo.*

¿Y la anunciáis eso en concepto de buena noticia?

DESGRAVILLIERS.

Siempre concluiréis por obligarme á llamaros al órden... (A Camila.) Decia, pues, que estais próxima á entrar en la mayor edad, con sesenta y cinco mil libras de renta...

CAMILA.

Lo sé...

DESGRAVILLIERS.

Y con una belleza y gracia poco comunes...

HORTENSIA, *delante del espejo.*

Tambien lo sabe.

DESGRAVILLIERS.

Y sin embargo, no habeis acogido hasta ahora ninguna proposicion, ninguna idea de enlace...

CAMILA.

Es cierto.

DESGRAVILLIERS.

¡Eso no es natural!... y yo que tengo el talento necesario para ver lo que se me oculta, y para adivinar lo que no se me dice, he deducido que esa frialdad era fingida, y esa indiferencia afectada, y que en el fondo del corazon teniais, sin querer confesarlo, alguna secreta afección...

CAMILA, *turbada, y defendiéndose con gran emocion.*

¿Yo?... ¿qué osais decir?... Jamás.... jamás... y no comprendo en verdad que es lo que puede haceros suponer...

HORTENSIA, *arreglándose los pliegues de la bata.*

¡Ay! Dios mio... querida... ¡qué turbada te has puesto!... Te estoy viendo en el espejo... y confieso que me hallo encantada y sorprendida...

CAMILA.

¿Por qué?...

HORTENSIA.

Porque empiezo á sospechar que muy bien podria tener razon mi marido.

CAMILA, *que se ha reportado algun tanto, dice sonriendo.*

Tengo para mí que es tiempo perdido todo el que emplees en admirarte.

DESGRAVILLIERS.

En fin, señoras, ya que me he puesto en el caso de decirlo todo, debo manifestar sin rodeos que me ha parecido advertir que el recaudador del departamento.... no desagradaba completamente á mi pupila...

CAMILA, *riendo como una loca.*

¡Ja!... ¡ja!... vaya una ocurrencia...

HORTENSIA.

Esas carcajadas deben entusiasmaros, porque revelan la exactitud de vuestros juicios...

DESGRAVILLIERS.

A menos que no sea el comandante general de la division militar... (Camila continúa riendo) ó nuestro prefecto....

CAMILA, *sin dejar de reir.*

¿Cómo?... ¿Quereis que esté prendada de los tres?

DESGRAVILLIERS.

De ningun modo. Pero en la duda, y no queriendo dar esperanzas ni desesperar á ningun pretendiente... acogi sus pretensiones con igual benevolencia.

CAMILA, *con aire enfadado.*

¡Habeis hecho mal... muy mal!

DESGRAVILLIERS.

He dicho benevolencia como podia haber dicho otra cosa... pero el hecho es que no di la mas ligera esperanza... que no me comprometí en lo mas mínimo... que no coarté en nada la libre emision de vuestro consentimiento...

CAMILA.

No importa, caballero. Lo que acabais de hacer carece de nombre, y sin necesidad de dar á la reflexion un tiempo inútil, sabed desde ahora que quedan desechados los tres.

DESGRAVILLIERS.

Sea. Pero tanto por mí, como por las tres primeras autoridades del departamento, os suplico encarecidamente que no les deis á conocer vuestra negativa hasta dentro de cuatro ó cinco dias...

CAMILA.

¿Y podria saber por qué solicitais eso de mí?

DESGRAVILLIERS.

Porque así tendria yo el tiempo suficiente para evitar que se ofendiera su amor propio, y para arreglar las cosas de manera que ninguno de ellos conservara resentimiento contra vos.

CAMILA.

Haré lo que deseais.

DESGRAVILLIERS.

¡Ah! ¡Cuán amable sois! (Besa la mano de Camila y se retira.)

ESCENA V.

CAMILA. HORTENSIA.

HORTENSIA.

Si, amabilísima efectivamente.... por que has de saber que el plazo de cinco dias que te ha pedido, reconoce por causa un ardid politico...

CAMILA.

¿Cuál?

HORTENSIA.

Las elecciones se verificarán dentro de tres dias, y desde ahora hasta entonces, el recaudador, el general, y el prefecto, que como decia muy bien son las tres primeras autoridades de la provincia, van á rivalizar en celo y actividad cada una por su parte, con objeto de conseguir el triunfo en favor del tutor de aquella cuya mano esperan.

CAMILA.

Pero esa conducta es indigna... es desleal...

HORTENSIA.

Nada de eso... ¡es un manejo electoral y no otra cosa!...

CAMILA, encolerizada.

Que cualquiera de ellos se lance á hacerme á mí... ó á mi fortuna, la menor declaracion... y ya verás cómo le recibo, y cómo pruebo hasta la evidencia...

HORTENSIA, con viveza.

Que no amas á ninguno de los tres, hace tiempo que lo sé.... (Mirándola con la sonrisa en los labios.) No me atrevería á decir lo mismo de todos...

CAMILA.

¿Qué quieres darme á entender?

HORTENSIA.

Que existe en el mundo cierto joven-cito... tan dulce, tan modesto y tan verdaderamente enamorado, que ha logrado prendarme, y sin embargo, no es á mí sino á otra á quien ama... Consulta tu razon, y dime si eres tú esta...

CAMILA, con ironia.

¡Oh! ese jóven debe ser muy peligroso. (Esforzándose por sonreír.) ¿Y cómo se llama ese inocente seductor?

HORTENSIA.

Te lo diria, si me prometieras no ponerte colorada.

CAMILA.

Con semejante prevencion, cualquier nombre bastará á enrojecerme...

HORTENSIA.

Hábil prefacio para motivar el ligero carmin que colorea ya tus mejillas... (Acercándose á ella y cogiéndola una mano.) ¿No has adivinado que iba á nombrar á Mr. Enrique Melval?

CAMILA, turbada.

¡Yo!...

HORTENSIA.

¡Vaya!... ¿qué dije?... ¿qué tienes que responder á eso?

CAMILA.

¡Que te engañas completamente! Mi pobre padre me dijo al morir: «Hija mia, solo veo una ventaja en los bienes que te dejas, y es la de que podrás con tu fortuna elegir un marido que no la tenga; pero te ruego en mi lecho de muerte que sea hombre honrado y de mérito, y que tenga un estado, una posicion, y una conducta intachable... ¿Me prometes hacerlo asi, hija mia?...» Yo se lo juré cien y cien veces, Hortensia, de consiguiente juzga por tí misma ahora, si me es lícito pensar en Mr. Enrique Melval. Y sino ¿quién es él?

HORTENSIA.

Un pobre jóven sin bienes de fortuna á lo que creo.

CAMILA, con viveza.

Solo cuenta eso en su favor. Pero lo que disminuye á mis ojos el valor de semejante circunstancia, es que tuvo en otro tiempo una fortuna bastante regular, que segun se dice, ha disipado con su mala conducta. Ademá, ¿merece consideracion alguna la ociosidad en que continúa á pesar de ser tan crítico su estado?

HORTENSIA.

¿Cuán severa eres para con él!

CAMILA.

Y tú, ¿cuán indulgente!

HORTENSIA.

¿Quién te ha prevenido en contra suya?

CAMILA.

¿Y quién te ha prevenido en su favor?

HORTENSIA.

El vizconde Eduardo de Comnènes que le profesa verdadera estimacion y amistad, y que sabe respetarse demasiado para no conceder ambas cosas, sino...

CAMILA.

A los calaveras como él. ¿He acertado?

HORTENSIA.

¿En qué te fundas para abrigar semejante opinion?

CAMILA.

¡En su reputacion, que es detestable, y que vale, segun se dice, aun mas que él!... Y tú misma que en la actualidad le defiendes, ¿por qué le diriges reconvenciones todas las noches? ¡Vaya! Ahora eres tú la que te pones encarnada.

HORTENSIA.

¡Yo...!

CAMILA.

Tus palabras demuestran que tratas de negar la verdad, porque no te se puede ocultar de modo alguno que Mr. Enrique Melval está abrumado de deudas.

HORTENSIA.

Convengo en que han circulado rumores en ese sentido; pero aun no hace diez minutos que Indiana mi modista, cuyo marido es sastre de Mr. Melval, se hacia lengua en favor suyo, y decia de él que era un jóven notable por su moderacion, talento y mérito... Has de saber que paga religiosamente á su sastre.

CAMILA.

¿De veras?...!

HORTENSIA.

Si, de veras.

(Se continuará.)

A VENECIA.

Venecia, ciudad de amores, de góndolas, de zambras y festines, de nobles senadores, de barcos voladores, de pórticos, de puentes y jardines. Centro grande, espacioso, do se ajitaban tantos corazones de un pueblo poderoso, felice, venturoso, envidia de monarcas y naciones. La que vió en la bonanza hundirse los imperios de la tierra, y miró su venganza y la cruenta matanza de una sangrienta y sostenida guerra. La del dogo Cranigo rey sin poder con manto y con corona, cual la de Mocenigo, y el salio Barbarigo, esclavos sin poder de su persona. La de los Morocines, nombres esclarecidos en la historia, la de ilustres Marinis y nobles Bragadines de otro tiempo mejor bella memoria. La que hizo al Occidente venir á conquistar sus fuertes lares, y reyes del Oriente con su atezada gente, surcando en su ambicion los anchos mares. La de la esfera azul, la de bellas y célicas mugeres con su flotante tul cual hijas de Stambul, aéreas de formas, llenas de placeres. La del sol siempre ardiente que al fértil suelo lanza sus volcanes y embalsama el ambiente, de la gallarda frente el aroma de rojos tulipanes. Catorce siglos vieron pasar sus hijos libres y temidos, y perderlos quisieron, mas no lo consiguieron los hombres de su pueblo aborrecidos. Y se rió orgullosa al ver caer imperios poderosos, y fuerte, desdenosa, dejó Venecia hermosa que se hundieran los tronos mas famosos. Pero llegó su hora, y cayó entristecida por el duelo de la mar la señora,

la Roma triunfadora,
la del azul y diamantino cielo.
La que vió al altanero
consejo sanguinario y poderoso,
enviar á un Faliero,
digo ilustre, severo,
al patíbulo infame, vergonzoso.
La que vió á sus soldados
en todas partes alcanzar laureles
á su patria, esforzados,
valientes, respetados,
la independencia defendiendo fieles.
Mientras sus senadores
dentro de su palacio discutian
los cruentos rigores
que en todos los traidores
de su oculto gobierno usar debian.
¡Qué recuerdos, qué gloria
encierra esa ciudad, esa Venecia!
¡qué colosal historia,
y qué cruel memoria
es para el pensador esa otra Grecia!
¡La plaza de San Marcos
cuántos recuerdos en su centro encierra!
¡cuántas glorias sus arcos!
¡cuánto oro sus barcos
á sostener llevaban fiera guerra!
Qué inmenso panorama
con sus góndolas bellas y ligeras
surcando el mar que brama,
y en su popa la dama
con su antifaz saltando en las riberas.
Gozaron y rieron
en máscaras y orgías, y cantaron,
y todos perecieron,
y en tí se oscurecieron,
las victorias que en tí se acrisolaron.
Ahí yaces olvidada,
pobre flor sin color y sin esencia,
marchita, deshojada,
al vencedor postrada,
mústia, perdida, falta de existencia.
Fatal te fué la hora

que llegó á tus murallas el guerrero
con hueste vencedora
admirada y señora,
con su caudillo que domó tu fuero
y echó enorgullecido
sobre tí sus indómitas legiones,
y tu suelo querido
ante él quedó vencido
y clavó en tus murallas sus pendones.
Tal gloria reservada
estaba para el hombre de la guerra,
tu república odiada,
cayó bajo la espada
del hombre extraordinario de la tierra.
Y todos te dejaron
abandonada á tu contraria suerte,
y de tí se vengaron
y en tus lares entraron
los soldados do quier sembrando muerte
y con mano atrevida,
el que mucho despues humilló al papa,
quedando envilecida
y siendo ya vencida
con mano fuerte te borró del mapa.
Tú que altiva miraste
catorce siglos sin caer tu estado
y el oro aglomeraste
y al hombre domeñaste,
y á tu vez te domó grande soldado.
Ahí está esa Palmira
señora de la mar, padron caído
de todo cuanto espira
y atónita lo mira
el bien que para siempre ya es perdido.
Que su hora postrera
llegó por fin tambien, mas fué preciso
que el águila tendiera
las alas altaneras
á conquistar tan bello paraíso.
Tu leon entre tanto
no abre su boca á la denuncia puesta,
ya puede sin espanto
tu pueblo y sin quebranto,

darse al placer, al júbilo y la fiesta.
Gozad, aprovechaos,
no teneis que temer, vuestro es el día,
no temais: alegraos,
llegad, regocijaos,
ya no os puede oprimir la tiranía.
Teneis bellas arcadas,
termas, canales y vistosas puentes,
pintorescas cascadas,
auras embalsamadas,
fértil campiña y sonoras fuentes.
La noche con su velo
os brinda con placeres, id, gozadlos
bajo ese hermoso cielo,
dejad el desconsuelo,
gozad, reid, sin penas apurados.
No lloreis vuestro yugo,
vuestra grandeza no lloreis perdida
cayó vuestro verdugo
porque así al cielo plugo
y el tirano tambien quedó sin vida.
Mudásteis de gobierno,
no teneis libertad, mas teneis gloria,
recuerdo siempre eterno,
coloso sempiterno
que en letras de oro ensalzará la historia.
Aun os queda orgullosa
esa ciudad tan rica de belleza,
blanca paloma hermosa
que sobre el mar se posa,
os queda en recuerdo su grandeza.
Contemplad su belleza,
contemplad de su suelo los confines,
mirad su gentileza,
y ved esa grandeza
de pórticos, palacios y jardines.
Llegad antes que al suelo
caigan sus muros y soberbios puentes,
venid con noble anhelo
antes que el negro velo
cubra palacios, pórticos y fuentes.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español y vice versa*, por Dominguez; segunda edición corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *Escenas de la Vida privada y pública de los animales*, obra crítica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Se reparte una entrega por semana.

COMPENDIO

DEL

DICCIONARIO NACIONAL

DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

POR DOMINGUEZ.

Concluido el plazo para tener opcion á recibir gratis esta obra, se abre suscripcion á ella al precio de 45 rs. en Madrid el tomo, y 20 en provincia, ó sea 30 rs. en Madrid y 40 en provincia toda la obra. Constará de dos tomos en 8.^o de 1200 á 1600 columnas de impresion cada uno, edición

muy esmerada en caracteres nuevos. El tomo 1.^o se repartirá en el mes de mayo y el segundo en el de junio. Concluida la impresion, no se venderá ningun ejemplar menos de 40 rs. en Madrid y 50 en provincia. Debemos advertir á los que crean que es demasiado el volumen y el precio, para un Diccionario manual, que se trata del Compendio de una obra inmensa como lo es el Diccionario clásico de Dominguez, y que teniendo 500 pliegos en folio el que sirve de matriz, es imposible reducir á menos de 400 en 8.^o el extracto, sin riesgo de hacer una cosa imperfecta.

OBRAS PUBLICADAS.

Habiéndose agregado á la *Biblioteca Española* las *Novelas populares*, parece justo que todas las obras de esta coleccion, puedan obtenerlas los suscritores de la Biblioteca al precio de suscripcion, y asi lo hemos resuelto, á cuyo fin se incluye al pie el título de las obras con su precio de suscripcion y venta, advirtiendo que del primero solo pueden disfrutar como queda dicho los suscritores en cualquiera concepto á la *Biblioteca Española*.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabril, con 74 grabados. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el grande,

por Agustin Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 40 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

Maria Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crímenes célebres*; tiene 15 grabados. Precio por suscripcion, dos y medio rs. en Madrid, y tres y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 40 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 7 en provincia.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 40 rs.

MADRID: 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.